

HABLAR DEL CÁNCER: LA EMOCIÓN QUE PARALIZA.

Por María Mora Viñas.

Hablar del cáncer con otras personas, aunque sea de forma general, no es nada fácil, porque se trata de un tema al que se podría calificar de “tabú”. Decir que es un tema tabú psicológicamente implica que es un tema que despierta unas emociones paralizadoras a las que nos resistimos a acercarnos, o si vamos hacia ellas por necesidad, lo hacemos con mucha prevención, porque son emociones muy poderosas, emociones arquetípicas que están relacionadas con el miedo al sufrimiento y la muerte. Por un lado, es algo natural o instintivo no querer sentir las, pero hay momentos en la vida en que precisamente el destino nos obliga a afrontar y vivir esas emociones, y entonces no hay más remedio que hacerlo.

En mi caso, después de haber tenido la experiencia del cáncer, incluso después de haber escrito un libro sobre el tema, al ir a dar una conferencia y, por tanto, hablar directamente del cáncer, me di cuenta de que todas estas emociones, tan profundas y paralizadoras, se despertaban en mí y estaban dificultando mis posibilidades de comunicación.

El cáncer, por ser una enfermedad tan relacionada históricamente con la muerte, suele aislar al enfermo, porque es mucho el esfuerzo que hay que hacer para afrontar la situación. La cercanía de la muerte, o incluso únicamente el presentimiento de su posibilidad, nos introduce en una situación arquetípica que nos fuerza a vivir y confrontar nuestra soledad, porque se trata de una experiencia en la que no nos puede acompañar nadie. Quizás por ello esta enfermedad crea una diferencia o una separación con respecto a los demás. Pero después de haber pasado un cáncer, a veces ocurre lo contrario, que surge el impulso de romper esa barrera y querer comunicar y hablar sobre ello, o hablar con personas que han vivido un proceso similar... En realidad, hay una ambivalencia, se está en un lado y en el otro pues, aunque el peligro de la enfermedad parezca haber pasado, quien ha tenido un cáncer con metástasis vive con la conciencia de que la enfermedad podría volver en cualquier momento, por lo que es un tema que nunca pierde su realidad, ni su amenaza. En muchos casos podría decirse que la conciencia de la cercanía de la muerte ha venido para quedarse.

Quizás por eso, hace unos meses, al preparar unas conferencias sobre el cáncer, al principio me di cuenta de que mis sentimientos eran diferentes a los que había tenido en anteriores ocasiones al tratar otros temas. El día anterior, o el mismo día de otras conferencias, siempre me había sentido con una fuerte sensación de energía y muchas ganas de compartir el contenido de la conferencia con los demás, pero en este caso pasaba algo diferente...

Al fin, logré darme cuenta de que el tema del cáncer todavía estaba acompañado en mí de esas emociones paralizadoras que acompañan a esta temida enfermedad. No sólo por mí misma, por mi propia confrontación con la sombra del sufrimiento y la muerte, que siempre aparecen al hablar del cáncer, sino también por las personas que me pudieran escuchar, pues al hablar del cáncer temía incomodar a quienes estuvieran presentes; podría ocurrir que entre los asistentes se encontrara alguien que tuviera algún familiar o amigo en un estadio terminal, y mis palabras podrían hacerle sentirse molesto.

Siempre está ese miedo presente... El tema del cáncer despierta una emoción que bloquea la relación, la comunicación... Muchos de los que hemos tenido un cáncer, o lo hemos vivido muy de cerca en alguien muy querido, hemos tenido la experiencia de que hay muchas personas conocidas, amigos e incluso personas de la familia extensa que, a lo largo de los meses, ni llaman para preguntar por el enfermo de cáncer ni se acercan para saber cómo está. Si este vacío y ese silencio aparecen con personas cercanas, puede ocurrir que, tanto el enfermo como la pareja, o los hijos... no lo vivan bien y se sientan defraudados de que estos parientes o amigos no se hayan preocupado por ellos. Por otro lado, a veces es el mismo enfermo quien no quiere que se sepa que tiene un cáncer, y la noticia de su enfermedad circula entre sus conocidos entre susurros, pasando de unos a otros como un secreto que todos acaban conociendo. Todo es contradictorio, y a veces la persona que no ha llamado para interesarse por el enfermo seguramente dirá que no llama por respeto, para no incomodar, o para no remover el problema, como si fuera mejor disimular y hacer como si no pasara nada, o pretender que no sabe nada...

Mucha gente conoce estas vivencias, porque casi todo el mundo, si no ha vivido el cáncer en primera persona, tiene un familiar, un pariente o un amigo que lo ha vivido, por lo tanto, imagina o sabe lo que se siente en esta situación. Y así, aunque los familiares del enfermo de cáncer se molesten porque tal o cual pariente o amigo no les ha preguntado por él, también a veces intuyen que es un tema que produce esta reacción, y comprenden el silencio, o el “respeto” de quien no llama.

Pero detrás de ese respeto, seguramente en la mayoría de los casos lo que está en la base de estas dificultades de comunicación son las emociones paralizadoras despertadas por el cáncer, por su asociación tan fuerte con el sufrimiento y con la muerte. Durante siglos fue así, y aunque ahora la situación esté empezando a cambiar, -y quizás por ello podemos empezar a hablar de ello-, interiormente todavía sigue siendo así. Por eso, aunque digamos que : “ ahora el cáncer ya no es lo mismo que antes”, el hecho de que la situación esté cambiando no elimina de esta enfermedad su fuerte asociación y relación con la crueldad del sufrimiento, con el proceso de deterioro del enfermo, tan doloroso para los familiares, y con la muerte, ya que esto es una experiencia que la humanidad ha vivido durante siglos, y esta emoción acumulada en nuestro inconsciente colectivo no desaparece con unos años de inicio de un cambio en las condiciones médicas... La realidad es que el arquetipo de la muerte nos toca de lleno a través del cáncer, y esto es opuesto a lo que más apreciamos, o sea, la vida.

Es como si, en la experiencia del cáncer, se unieran dos emociones diferentes, una es la emoción arquetípica que aparece inevitablemente con el cáncer, y la otra es la emoción humana contraria, la emoción personal del que desea sentirse acogido y cuidado por las personas conocidas y queridas. Por eso, el enfermo quiere que le olviden y no quiere que le olviden, y estas dos emociones diferentes, quizás una más arquetípica e impersonal, de paralización, separación y soledad, y la otra, muy personal, en la que prima el deseo de sentirse querido e incluido en la sociedad, a menudo chocan en la experiencia del cáncer y a veces conviven creando situaciones contradictorias.

Así que, volviendo a hablar de mi experiencia, al ir a dar estas conferencias comprendí que el efecto paralizador del cáncer también me estaba paralizando a mí, así que, por necesidad, tuve que observar, sentir, vivir conscientemente y trabajar psicológicamente esta emoción paralizadora para poder experimentar y dejar aflorar en mí estas contradicciones y así poder hablar de ellas.

Pues ocurre que quieres hablar del cáncer y a la vez no quieres hablar de él, quieres profundizar en el tema y a la vez no quieres profundizar, porque el efecto de esa poderosa emoción paralizadora se ha activado y ejerce una fuerte influencia sobre ti, así como intuyes que posiblemente también está ejerciendo esa misma influencia en muchas de las personas que te están escuchando.

Así, con mucho respeto hacia el tema del cáncer, creo que se trata de intentar seguir adelante con la comunicación porque, por un lado, por suerte todavía sentimos el impulso de hacerlo, y también porque, por encima de todo, confiamos en que es positivo reflexionar sobre estas cuestiones y tratar de comprenderlas psicológicamente.

Pero para comprenderlas psicológicamente, ante todo es imprescindible tratar de acoger y comprender las emociones paralizadoras que nos produce hablar del cáncer, intentando no dejarlas de lado, al contrario, permitiendo que formen parte de la comunicación, haciéndoles un espacio interior y tratando de contactar con ellas de forma consciente, pues estas emociones, si están conscientes, nos pueden ayudar a que la energía fluya un poco mejor, tanto en cada uno de nosotros como entre nosotros, y así poder comprender estos procesos más de cerca, pues también sabemos – y quizás esa es una de las razones más importantes - que afrontar el miedo a la muerte nos ayuda a afrontar el miedo a la vida.

© María Mora Viñas
Valencia, 2018
www.rizomapsicologiaanalitica.com

Texto comunicado en Valencia, el 10 de mayo de 2018 y en Barcelona, el 12 de mayo de 2018, como introducción a la presentación del libro “El cáncer: un acercamiento simbólico” María Mora, Editorial Fata Morgana.